

A stylized illustration of a woman with long, dark, wavy hair, wearing a white long-sleeved V-neck top and a dark red skirt. She is holding a large, vibrant red balloon in front of her chest with both hands. The background is a solid teal color. The text 'MAMEN MONSORIU' is in the top right, and 'JUSTICIA POÉTICA' is in large white letters across the middle. The Espasa logo is in the bottom left.

MAMEN  
MONSORIU

# JUSTICIA POÉTICA

  
ESPASA

MAMEN MONSORIU  
JUSTICIA POÉTICA



© Mamen Monsoriu, 2024  
© Editorial Planeta, S.A., 2024  
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.521-2024  
ISBN: 978-84-670-7271-6

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impresión: Unigraf, S. L.  
Impreso en España-Printed in Spain



*Tres meses antes*

Me llamo Raquel Ortiz, aunque todo el mundo me conoce como Rey. Vivo en Valencia y tengo veintinueve años. Actualmente ejerzo como psicóloga en el Hospital Clínico Universitario de Valencia y me atrevería a decir que soy feliz en mi trabajo, aunque una parte de mí quisiera haberse dedicado a ser poeta ambulante. En el hospital somos muchos los que tenemos una profesión frustrada, aunque pocos se atreven a decirlo en alto. Si hubiera nacido en otra época —tal vez en el siglo XIII—, estoy segura de que formaría parte del colectivo juglaresco que recorría las calles y los corazones de arriba abajo recitando poemas. De momento, me conformo con escribir y publicar libros de tanto en tanto. Ya son cinco los que tengo editados, y quién me iba a decir que sería el quinto, precisamente el quinto, el que me daría tantas alegrías.

Supe que quería ser poeta cuando rozaba los once años. Jugaba a cantar a todo pulmón en SingStar

cambiando las letras a mi antojo hasta inventar la estrofa que le hiciese justicia a mi momento vital. A la mayoría de mis amigos esto los molestaba, pero a Clara no, Clara decía: «¡Dejadla en paz! ¿No veis que quiere ser poeta?». Por aquel entonces, yo no sabía lo que era un argumento y mucho menos uno que me sirviese para defenderme. Me limitaba a bajar el tono de voz para que no entendiesen la letra. ¿Qué tenía yo que explicar a quienes no saben que la buena música está llena de poesía, que es lo mismo que estar repleta de matices, magia y posibilidades? ¿Quién podría entender eso a los once años? Yo. Yo sí que lo sabía. Del mismo modo que sabía que sería capaz de perderlos a ellos —a todos— con tal de no perder de vista a la poesía. Lo que todavía no sabía era hasta qué punto la poesía me cambiaría la vida.

Dieciocho años después, he recibido el reconocimiento que me consagra como poeta. El que hace que todo el camino recorrido haya merecido la pena. Ahora siento que todo era parte del proceso: las risas, las burlas, la dificultad para encajar, la soledad a mi pesar, las noches en vela... Hoy todo tiene sentido.

«¿Qué es la poesía? —rescato las palabras que escribí unos meses atrás en mi diario—. Me siento tan virgen como una hoja en blanco al servirme esta copa de vino y saber que pronto empezará la fiesta. Eso es la poesía. Sentir a mano alzada. Ponerle gafas a la vida. Colocar la belleza donde ya está. Amar

con fuego. Doblar la intensidad. Gritar en silencio. Fabricar palabras a buen precio. Y traficar con ellas hasta el éxtasis». El problema de la poesía es el mismo que el de la maternidad: decirle «sí» supone un compromiso eterno con la humanidad. Quien es padre lo es para siempre. Quien es poeta también.

Como venía diciendo..., me llamo Raquel, soy poeta y tengo veintinueve años. Hoy, con cinco poemarios a la espalda, me siento especialmente liviana mientras sostengo este premio entre mis manos y solo me cabe decir: gracias. Nunca pensé que sería precisamente la poesía la que me dejaría sin palabras.

Aprovecho para lanzaros un mensaje a vosotros, a los que escribís: deseo que soñéis. Que soñéis bien alto. Que soñéis sobre el papel y luego no podáis desentenderos de lo soñado. *Que la inspiración os pille trabajando*, pero que sepáis parar el mundo de vez en cuando para observar. Porque la poesía va de eso: de escuchar con los ojos abiertos. Y en la poesía cabe tanta música como el tímpano esté dispuesto a soportar.

Quiero expresar mi agradecimiento eterno al jurado y daros las gracias a todos por venir. Es precioso ver tantas caras conocidas en un día tan importante. Gracias también a quien no ha podido estar aquí, pero me ha transmitido su apoyo y alegría. Te lo dedico a ti, papá. Este premio es todo tuyo. Gracias por enseñarme a escribir enseñándome a escuchar.

## MADRID

«El galardón ha sido concedido por el Ministerio de Cultura y Deporte, fallado el pasado 7 de octubre de 2023. El jurado ha destacado *Madrid* por la inteligencia lírica manifiesta en el engranaje poético de los sentimientos, perfectamente hilvanados, que integran el amor, así como por el realce del Madrid romántico y la Valencia bohemia haciendo uso de la retórica para cubrir la certeza de ambigüedad. Un retrato épico del clásico “qué habría pasado si...” que nos retrotrae en el tiempo y nos traslada al futuro a través de la añoranza».

Siempre me había preguntado cómo sería la vida después de recibir un premio literario. Si cambiaba el ADN, desaparecían las arrugas de expresión, o la gente empezaba a respetarte con independencia de tu edad. Me preguntaba si el reconocimiento oficial supondría un antes y un después en la confianza propia. Si acabaría con el síndrome del impostor, si empezaría lo bueno. Sin embargo, hoy me siento exactamente igual que siempre. Igual de apasionada.

Pienso en plasmar todas estas emociones sobre el papel, en ponerlo todo por escrito. Retiro la cafetera del fuego y me quemo el dedo como de costumbre. Reservo mis sensaciones para otro momento: es de mala educación escribir con el corazón lleno.

Por muchas vidas que vivamos a través de los libros, hay preguntas que uno solo puede responder sobre la marcha, llegado el momento. Para calzar unos zapatos hay que tener talla. Me pregunto si a partir de ahora me reconocerán por la calle, si perderán la vergüenza con tal de hacerse con un autógrafo mío, si tendré que levantar la cabeza como si fuera alguien —como si fuera alguien que no soy yo, quiero decir—. Me pregunto qué se ha de sentir en un día como hoy, si tartamudearé al hablar, se me alterará la flora intestinal o seré incapaz de quedarme dormida en el tren. Me pregunto si podré escribir sobre esto llegado el momento.

Me restriego la almohada sobre la cara, como si mi parte más vulnerable quisiera ocultarse de lo que está por venir. Hoy es un día especial y el cuerpo lo intuye. Reviso el horario de los billetes y la estación de salida, no sería la primera vez que me confundo. Esta tarde viajo a Madrid, y eso solo puede significar que algo bueno está por llegar.

Vivo en la tercera ciudad más importante de España. Sin embargo, parece que los acontecimientos importantes solo tienen lugar en Madrid o en Barcelona. ¿La primera vez que vi un musical? Madrid.



¿Mi primer Sant Jordi? Barcelona. ¿La primera vez que visité un parque de atracciones? Madrid. ¿La única vez que he visto un clásico de fútbol? Barcelona. ¿La asignación de mi plaza de psicólogo residente? Madrid. Parece que es allí donde pasan las cosas importantes. *Madrid* es también el título de mi poemario premiado y la ciudad donde se hará oficial... ¿Casualidad? No lo creo.

Es 5 de noviembre. Esta noche tiene lugar la entrega de premios. Viajo sola en el tren. Me espera Madrid. Mientras pienso en qué invertiré los veinte mil euros del premio, saco el papel del bolso y repaso el discurso que esta tarde leeré delante de cientos de personas. Lo repito para mis adentros: «Me llamo Raquel Ortiz, aunque todo el mundo me conoce como Rey...». Los nervios no me dejan concentrarme. Empiezo a tomar conciencia de lo que está pasando. ¿Lograré recitar el discurso entero sin que me tiemble la voz? ¿Me desmayaré en mitad del escenario?

Parte de mi familia también se desplaza hoy a Madrid. Han optado por hacer el trayecto en coche. Yo, con la suerte fluctuante que tengo, no podía arriesgarme a que se pinchase una rueda, o a que a mi hermano se le olvidase algo importante y tuviésemos que dar la vuelta a medio camino. El transporte público es la opción segura. Siempre está ahí cuando quieres huir muy lejos, como la poesía, como los antidepresivos.

Como tú.

Cuando me preguntan si alguna vez he estado enamorada, respondo con un rotundo no. Nunca he estado enamorada. Mejor dicho: nunca he estado lo bastante loca como para enamorarme. No he bebido de esa euforia intermitente, ni he dormido abrazada a una camiseta que desprendía un olor que ponía mi piel al ataque, ni he recreado en mi cabeza momentos hasta hacerlos parte de mi ADN. Tampoco me han mandado flores un 14 de febrero, ni me han contado cuentos antes y después de dormir, ni he tenido que disparar mentiras piadosas para no desvelar lo que estaba pensando. Tengo claro que *hacer* y *construir* no significan lo mismo porque he podido hacer el amor, pero no construirlo. Nunca he estado enamorada, pero conozco la sensación de buscar el mismo cuerpo todas las noches, de recorrer el mundo al compás de una respiración: ese espacio infinito que cabe entre las cuatro paredes de la habitación; de sentirme extranjera del mundo y practicar el idioma de la piel. Sé de lo que hablan cuando dicen

que hay instantes en los que el tiempo no pasa, no pesa y no pisa. También entiendo de asociar respiración con inspiración, y de dedicarle más de un centenar de poemas al mismo destinatario.

Hay una parte importante de mi realidad que reservo para mis versos: *No he conocido al amor / pero reconozco tu tacto / en todos y cada uno / de los pliegues / de mis sábanas*. No creo que los poetas se engañen menos que el resto de los mortales, pero se engañan mejor: *Tener el corazón hecho una piedra / y que tú saques papel / y escribas: te quiero*. Me resulta atractiva la ambigüedad cuando la intimidad que expongo es la mía.

Mire donde mire: AVE por aquí, AVE por allá. ¿Qué publicidad necesita hacer una marca que ya consumes? Divago por las siglas buscando una posible señal, un mensaje oculto. ¿Qué otra cosa podría significar AVE? «Adónde Va Este», o quizá algo más profundo: «Alta Velocidad Emocional». Me río para mis adentros: soy AVE. Desde ahora en adelante, ser AVE será el concepto con el que haré referencia a los *intensitos*, grupo en el que, por supuesto, me incluyo. Apoyo la cabeza en el cristal. En ese momento, me vibra el bolsillo. Llamada entrante. Es Biel, estaba tardando. Dejo que se escurra su voz al otro lado del teléfono.

—Buenos días, ¿podría hablar con la premio nacional de Poesía Joven?

—¿Cómo te has enterado? —contraataco con un tono que combina el entusiasmo y la curiosidad—. ¡Quería contártelo yo!

—La pregunta no es cómo me he enterado, es a qué estabas esperando para contármelo —me devuelve la pregunta—. Me enteré el mismo día que tú.

—Pensaba llamarte hoy al llegar —añado con contundencia—. Quería que fuese una sorpresa.

—Tu madre se ha dedicado a difundirlo entre todos tus seres queridos; veo difícil que no me hubiera llegado antes por alguna vía. —Ríe Biel.

—¡Mi madre! ¡Siempre igual! —Suspiro.

—Está orgullosa de su hija. —Me convence.

—Será eso... —Resoplo para mis adentros.

—Siempre lo está. Hoy especialmente —insiste.

—¿Crees que vendrán Dani y estos? No he querido decirles nada para que no se sintieran en un compromiso, como no les va mucho la literatura... —Deslizo el miedo sobre sus hombros.

—¡Y qué si no les gusta la literatura! Es un momento importante para ti. Les avisaré yo —afirma Biel con una seguridad que despeja cualquier duda—. Aunque me temo que tu madre ya se habrá encargado personalmente.

—Visto lo visto...

—Hablamos luego, Rey. Tengo que elegir un traje para la ocasión.

—Pero si va a ser algo rápido... ¡Ay, madre mía, qué nerviosa estoy!

—Vas a estar genial. Por cierto, supongo que cenarás con tu familia, pero he reservado en el hotel Santo Mauro para tomarnos algo después. —Aprovecha mi momento de debilidad para lanzar la bomba.

—¿Cómo es eso? —Me hago la tonta, en estos momentos me vendría bien escuchar algo bonito de su boca.

—Sí, me apetece que lo celebremos juntos. Creo que, después de todo lo vivido, nos lo merecemos. —Es experto en persuadir con su discurso—. Además, así me cuentas de qué va el poemario...